

época de su vida que venimos narrando. Juzguez si sería entonces católico, cuando cuatro ó cinco años despues lo era tan entusiastamente. En esta época ya procuraba armonizar la libertad y el catolicismo. Es al mismo tiempo este párrafo una de las mas magníficas pinturas de este último, y una prueba de cuanto habla á los sentidos.

«¿Mirad sinó lo que sucede en nuestro mismo culto. La cruz levantada en el bosque; la tosca escultura que enseña al caminante las cercanías de una aldea; la campana de la oracion, que al caer la tarde derrama una plegaria en los aires; el canto de los sacerdotes, oido desde la puerta de la iglesia; el altar donde se levanta la Virgen, la madre inmaculada de Dios, cubierto en la primavera de rosas, alumbrado por la noche con la mortecina luz de una lámpara; el toque de ánimas, que parece recordar la voz de la eternidad en el silencio de las tinieblas; el Ave Maria Stella, entonado por los marineros en el Mediterráneo, cuando el mar azul refleja el cielo, y el crepúsculo tñe de un color sonrosado los bordes del horizonte, y las sombras van cayendo, y brillan las primeras estrellas en el desierto cielo; todas estas prácticas religiosas, que á los ojos de un protestante son como vanas palabras, como ceremonias sin sentido, como tosco paganismo, son á nuestros ojos como las representaciones mas verdaderas de Dios, su manifestacion mas pura; y en el altar vemos centellear al fuego del cielo, y en las bóvedas de la iglesia escuchamos el eco de la divina palabra, y sobre la cabeza de las vírgenes, se nos aparece la blanca paloma, el espíritu de Dios, cerniéndose puro; y nos sentimos extasiados y entrevemos el cielo, y la verdad

centellea en nuestro espíritu, mientras un amor puro, ideal como soplo divino, se derrama por nuestros arrobados corazones.»

## IX.

Pero contra lo absoluto de este sentimiento luchaba otro en su alma: el amor á la libertad. Sentia entrañable cariño hacia el primero, pero no podia dejar de amar con entusiasmo al segundo. En la historia habia aprendido que los pueblos sin libertad se asfixian, y mueren como esas flores á quienes no besa nunca, ni el rayo tibio del sol, ni el soplo blando de la brisa de la tarde. El era artista, y un artista ante todo, ama la libertad porque sin la libertad el genio se ahoga, la inspiracion se apaga y la sagrada musa que canta al oido del poeta esas sublimes estrofas con las que podrian llenar, aun cuando no fuese mas que por una sola hora, el corazon de la humanidad, enmudece. El arte sin la libertad es como la idea sin la espresion, como la frente sin la corona, como Rafael sin la Fornarina. A mas, él era revolucionario sin saberlo. Sabia que especialmente desde la Reforma acá, los dolores de la humanidad no habian tenido término: sabia que abierta la brecha á las ideas nuevas, el torrente se habia precipitado sobre la vieja Europa y no habia medio de detenerle. Y sobre todo sabia que no habia porque detenerle, porque entre sus ondas espumosas traia yo no sé que bálsamo misterioso para ungir con él las heridas de los pueblos. En la Revolucion francesa habia visto, como Víctor Hugo, una segunda consagracion de la humanidad. Aquellos crímenes y aquellas virtudes:

aquellas utopías y aquel terror: los derechos del hombre consagrados y aquella patria libertada de los tiranos extranjeros por el esfuerzo verdaderamente épico de los soldados de la república, le estasiaban, y amaba la libertad tanto más, cuanto más lejos estaba España de ella.

Conocía también los martirios porque había pasado España para lograr aquella sombra de libertad que la hija de Fernando VII, aquella niña mecida ayer entre esperanzas é ilusiones, le otorgaba. Los varones de Cádiz le parecían santos de la idea liberal: los héroes de la Independencia aprisionados, aherrojados, descuartizados más tarde por aquel infame Borbon, cuyo trono le habían devuelto, le parecían mártires inolvidables. Todas las epopeyas de este siglo habidas en nuestra patria, bullían en su mente y su imaginación las agrandaba y las agigantaba.

Las ideas filosóficas todavía no habían llamado á la puerta de su inteligencia. El oía ya las protestas hechas en nombre de la razón contra dogmas sin trascendencia verdaderamente moral, ni social. Pero no le había llegado todavía el momento de pensar seriamente en las abstracciones filosóficas. Su alma sonriente no veía más que la poesía de los errores, religiosos sobre todo, bajo los que ha vivido la humanidad. La misa, á las primeras horas de la mañana, en que van las jóvenes, radiantes como la primavera, á decir á la Virgen de sus sueños lo que han hecho y lo que han pensado y á ofrecerla la flor más pura y más poética del ramo de sus amores: la comunión pascual á la que van los niños vestidos de blanco y vestidos de ángel, como si para serlo necesitasen de aquel atavío; los himnos que cantan, el perfume de las flores, las armonías del órgano

perdidas entre los sonidos inefables de la orquesta; todo esto le encantaba y no se paraba á considerar si la comunión, como dogma, era absurda ó verdadera, y si la misa dicha en latín era algo para el alma ó era una práctica tan pagana, como los misterios de Eleusis, ó los de Adonis ó Baco. El cetro del pensamiento había pasado á Alemania: Francia había dicho á Alemania: «Ahora tú» Kant, Hegel, Herder, Fichte, Schelling y otros habían escrito ó escribían magníficos libros que preocupaban al mundo. Herder había lanzado tremendos apóstrofes contra el viejo catolicismo. El mismo Pi y Margall en nuestro pobre país, que no había podido tener filosofía, porque los dominicos de la Inquisición se lo habían prohibido, publicaba un opúsculo en 1851 en que hacía un análisis de la Edad Media, y manifestaba sus creencias francamente opuestas á las de los pocos y tímidos pensadores que había entonces en España. Como era natural se atrajo las iras de los clérigos y del gobierno. «Dos fuerzas convergentes y una divergente, decía, han formado la Edad Media; las dos primeras han sido el cristianismo y la filosofía, y la otra la civilización pagana. ¿Ha sido el cristianismo una doctrina original ó una doctrina derivada? Para mí ha sido derivada. Sócrates, el fundador de la moral y Platon que decía que el Supremo bien es Dios y que el espíritu solo puede satisfacer á los espíritus, y los esenios que practicaban ya lo que Jesucristo predicó, han sido sus precursores. No hay una sola idea que nazca de repente. Todos los hombres no son más que continuadores de la obra de los que fueron antes que ellos.» Y añadía: «No, no es cierto que viniese Jesucristo á crear: no vino sino á desarrollar, y sobre todo á univer-

salizar lo creado. Las ideas existían antes que él: él no hizo más que depurarlas, sentimentalizarlas, darles vida y poesía, arrojarlas desde lo alto de una cruz al mundo. No solo existían entre los esenios, existían más ó menos confusas en la frente de todos los filósofos y en el corazón de todos los pueblos. Platon había ya indicado el amor como único medio para llegar al cielo. Ciceron acababa de hablar de un lazo de caridad que debía unir á todos los pueblos en la tierra; el pueblo de Roma estaba aplaudiendo con furor los versos de Terencio en que se dejaba entrever el principio de la solidaridad humana. Hasta el mismo sacerdocio pagano creía ya en la unidad de nuestra especie; hasta los que combatieron despues más encarnizadamente el cristianismo aceptaban la creencia de una palingenesia moral y vivían preocupados por las tradiciones de Oriente. Todo estaba en ellos oscuro y era una simple aspiración, pero existía y aguardaba una mano que le diese forma. Jesucristo fué esta mano misteriosa, esta fuente de vida: ¿Cabe acaso tarea más grande?

«Se nos acusará de impíos; mas ¿no ha dicho el mismo Jesucristo: «¿no vengo á destruir la antigua ley, sino á cumplirla?» ¿No confiesa él mismo haber enviado sus apóstoles á segar lo que no sembraron? ¿No leemos en San Juan: la ley ha sido dada por Moisés; la gracia y la verdad por Jesucristo? Podríamos, si hubiésemos querido, prescindir de cuanto hemos dicho para confirmar la opinión sentada. La doctrina de los esenios, como la de Jesucristo, está toda en Moisés: brota del seno de la Biblia, del mismo modo que el agua brota de un manantial fecundo. El «amaos unos á otros» del Evangelio, resuena en los cantos de

todos los profetas; la solidaridad de la especie es una de las más firmes creencias; la unidad de la raza humana y la de Dios son allí dogmas. La idea de la humanidad y del progreso están no solo sentadas, sino determinadas; asoma la de una regeneración universal por todas partes. Lo porvenir se presenta sin cesar frente á frente de lo pasado; y hasta esa misma aparición de Jesucristo es esperada, prometida, pintada con brillantísimos colores. La caridad, la igualdad, la fraternidad no se hallan aun en su estado de desarrollo; pero están ya en germen, y no esperan sino una palabra que las anime y las fecunde.»

En 1854 escribía otra obra «La Reacción y la Revolución.» Insistía en los mismos principios que profesaba en 1851, y los amplificaba más y más. Se declaraba partidario de Hegel y resueltamente panteísta. Acusaba á la Iglesia de ser enemiga del progreso, y decía que al serlo cumplía con la ley fatal de su destino. «Hace siglos, escribía, que todo progreso se hace en el mundo cristiano á despecho de la Iglesia; ¿cómo queréis que viva aun y el progreso no la mate? Lo repito, sin embargo, no hay por qué culparla. ¿Cómo culparla de que obedezca á la ley de su existencia? Atendida su razón de ser, toda intolerancia en ella es poca, toda debilidad inexcusable; combatida por todas partes, lejos de cruzarse de brazos y esconder su frente, debe levantarse con dignidad sobre su trípode y pronunciar el anatema. ¡Anatema sobre todo el que profane el arca santa de mis creencias! ¡Anatema contra todo el que ponga en duda una decisión de mis concilios ó de mis pontífices! ¡Anatema contra todo el que en Filosofía, en Política y en Economía, se oponga al espíritu ó á la letra de los Evangelios! ¡Anatema contra todo el

que pretenda menoscabar mis derechos!» No entraremos nosotros ahora á examinar estas ideas; no es este nuestro objeto. Solo si diremos que ellas abrian en nuestro país un ancho campo á la crítica, al exámen y á la razon.

Para Castelar no habian llegado aun los dias del raciocinio severo y de la fria meditacion. Le pasaba algo de lo que acontecia á los antiguos pueblos orientales; jóven como ellos, vivia, como ellos tambien, en la edad de la poesia y del sentimiento y no veia en todas partes mas que estrellas. Presentia y traslucia pero aun no pensaba y analizaba. Tenia la fé y el entusiasmo del niño, pero le faltaba el estudio y la madurez del que ha entrado en los treinta años. Acontecíale mucho de lo que pasa al amante de las flores; se contentaba con sus colores y sus aromas y le interesaba menos, lo contrario de lo que hubiera sucedido al botánico, el exámen de sus fibras, de sus tejidos, de sus estambres, de sus pistilos y de sus corolas.

### X.

Ruda lucha hubo entonces en su alma. Por un lado, el sentimiento de libertad que le hacia rechazar el catolicismo muerto y feroz, y feroz aunque muerto, de la escuela ultramontana; por otro el racionalismo que mordía atrevidamente, no ya los piés de la Iglesia de los Papas, sino la base de toda religion positiva. ¿Qué iba á hacer? Donoso le habia hecho daño. El no podia afiliarse á aquella escuela negra, que á toda innovacion gritaba: «anatema» él no podia pertenecer á aquel grupo de hombres para quienes la cruz no era mas que

un espantajo y cuyos verdaderos fines habian sido, y eran aun en lo que podian ser, la dominacion del mundo; él no podia ser un Veuillot mas ó ménos grande del ultramontanismo. Por el contrario estaba llamado á darle rudos y certeros golpes.

¡En qué duda debió de estar sumergido! ¡Qué crítica debió ser por algun tiempo la situacion de su espíritu! Se nos ocurre una cuestion. Si la revolucion del 54, que tuvo lugar á poco, no se hubiera realizado, nuestro jóven, dados sus sentimientos religiosos, ¿hubiera entrado de lleno en el catolicismo y hubiera sido una especie de Chateaubriand de él? ¿Las ideas revolucionarias le hubieran perdido para siempre y quizá, quizá hubiera sido uno de los mas brillantes impugnadores de ellas? ¿Quién podia contestar á esto? Yo creo que ni él mismo. Sin embargo, como creo que la razon iluminada por el exámen y el estudio, concluye por vencer al sentimiento y como él no tenia deseos de afiliarse á un partido ó á una idea cualquiera por hacerla subvenir á sus necesidades, sino que iba buscando sin darse quizá cuenta de ello, un sistema que calmara á la vez la sed de su pensamiento y de su corazon, creo que nunca, aunque la revolucion no hubiera acontecido, hubiera caído en los brazos del absolutismo. ¿Puede dar vida el absolutismo á las sociedades modernas? ¿No ha tenido tres siglos para desarrollarse, y al cabo de ellos no se ha visto que no ha dejado tras sí mas que ruinas, ignorancia, fanatismo, corrupcion, envilecimiento, despoblacion? Insistimos en no creer que hubiera caído en esta cloaca de ideas nauseabundas. La Iglesia nó: el catolicismo, sí, y en todo caso la Iglesia en lo que tuvo de liberal y de civilizada en otros tiempos: el absolutismo, nó: la libertad, sí, y en todo

caso el absolutismo, en cuanto hizo criados de los reyes á los nobles y en cuanto hizo del desparramiento feudal nacionalidades vigorosas y fuertes y nada mas. El templo, sí, pero el sacerdote ignorante, intolerante y avasallador, nó, y en todo caso el sacerdote justo, benévolo, tranquilo, pacífico que tiene la paz en su alma y la distribuye á todos los hombres como una comunión de todas las horas. Dios, sí, pero las ideas religiosas que han alzado á una clase sobre todas, nó: únicamente las ideas religiosas que han tomado su luz del Evangelio, su inspiración de Jesús, su belleza de la eterna ley moral, que preside y presidirá siempre las acciones del hombre. Estas eran sus ideas: estoy seguro que estas eran. Tomaba de la muerte la vida que había dejado: los principios fecundos que el absolutismo había vertido, porque no hay idea humana que no vierta alguno. Pero, de todas suertes, la duda y la confusión llenaban su espíritu. Flotaba en ellas, porque aun no tenía bastante caudal de ideas para decidirse en un sentido determinado. Le sucedía lo que á ciertos ténues vapores que flotan en la atmósfera, faltaba una ráfaga de viento que se los llevara. La ráfaga para él fué la revolución del año 54.

Recuerdo aquellos tiempos: las ideas en todas las manifestaciones de la humana actividad, eran vacilantes y tímidas. Había algunos que pensaban algo radicalmente, pero eran pocos; los menos de los menos. Ser progresista era una gran cosa: ser republicano, era una cosa rara, rara avis, ser miliciano, era poco menos que una gloria paradisaica. Como en estos tiempos nadie quiere serlo, entonces lo quería ser todo el mundo. Aquellos pompones magníficos, aquellas flamas semidivinas, aquellos chacós para los cuales

para llevarlos, era preciso una cabeza de hierro: aquellas charreteras disformes, aquellas correas, aquellos fusiles de chispa, todo aquello escitaba una pueril y santa admiración. Las ideas se elaboraban á son de música, entre los acordes que entusiasmaban y había razón para ello, del himno de Riego, que era el himno nacional de la libertad. La marsellesa se cantaba poco. Los derechos naturales en su absoluta integridad eran poquísimos los que los reclamaban. Se pensaba mas en celebrar la libertad que en afirmarla y en desarrollarla.

La revolución del 54 ¿que fué? Nada mas que un motin dicen algunos; una casualidad revolucionaria, decimos nosotros. El poder estaba lleno de esos mohatreros de la política que abundaban tanto en el moderantismo y le habían poseído hoy Narvaez, mañana Bravo Murillo y mas tarde Sartorius, tres hombres que no eran en realidad mas que tres colores de un mismo arco-iris. Las rapiñas sin cuento, el negocio escandalosísimo de los ferro-carriles: el empréstito forzoso cobrado á tiros; María Cristina, San Luis: la putrefacción, como no se ha visto otra, del partido moderado que, constitucional en sus orígenes, había llegado á ser absolutista hasta en sus procederés; todo esto despertó á la nación y los doce hombres de corazón, como se los llamó entonces, salieron al Campo de Guardias con mil doscientos caballos y el beneplácito de la nación entera. Y la verdad era que la vida en aquellos dias era ya insoportable y que una especie de gangrena parecía haberse declarado en aquel organismo social corrompido y nauseabundo.

O'Donnell pensó derribar el ministerio, sustituirle y nada mas. Creía que esto era bastante

para satisfacer sus personales ofensas. Pero cuando se vió perdido: cuando cargado con los laureles, segun unos, ó con las amarguras segun otros, de aquel Vicálvaro inútil, vió que no se le unian mas tropas; cuando consideró que iban á quedarse en el poder aquel San Luis tan execrado y aquel Lonjinos que no supo mas que recoger una lanza caída, su rabia le hizo recordar que, si no tenia soldados, aun habia ideas en el mundo y podia evocárselas por medio de un conjuro. El conjuro le hizo Canovas del Castillo y se llamó programa de Manzanares. El pueblo se levantó en todas partes y arrojó á latigazos á aquellos mercaderes sin vergüenza. Las ideas progresistas limitadas, exiguas, con su censo electoral, con su libertad de imprenta restringida, pero que contenian sin embargo toda la suma de libertad á que se aspiraba entonces, iban á ser el dogma del motin terminado en revolucion. Espartero vino: el viejo Espartero un poco conmovido y un poco trastornado se dejó abrazar por algunos milicianos, por algunas mujeres y despues por O'donnell. El leopardo fraternizaba con el cordero. Entonces comenzó la vida progresista.

En medio de aquel entusiasmo, de aquel himno de Riego, de aquellos motines casi diarios, de aquella milicia, Castelar estaba llamado á hacer sus primeros trabajos. El jóven estudiante necesitaba algo á que entregarse y la revolucion vino á emplear la actividad de su espíritu. Por estos tiempos, meses antes ó meses despues, escribió los libros de que mas arriba hemos hablado, el *Alfonso el Sábio*, el *Ernesto* y la *Hermana de la Caridad*. La revolucion ó el motin del 54 ó como quiera llamársele, si progresivo en el fondo, porque en todo cataclismo social hay siempre una levadura de progreso,

no puede menos de admitirse que fué algo inmoral, por su debilidad y hasta pudiéramos decir, por su cobardía. No atreviéndose á barrer el palacio real, régia sentina llena de inmundicias, las hizo suyas en cierto modo. Hizo decir á la reina Isabel, que *una série de lamentables equivocaciones* habian traído aquella revolucion y dejó en pié aquellos errores. Por la no aceptacion de la famosa base segunda quedó en pié la intolerancia religiosa: los clérigos, un poco amenazados al principio, se rieron despues del fiasco que habia hecho la libertad de conciencia. La reina era suya y el país tambien. Poco mas poco ménos, los mismos errores que existian, quedaron. Se cepilló un poco la puerta: se hicieron algunas pequeñas virtus y los gobernantes se las enseñaron al pueblo diciéndole: «¿No ves, pueblo? Ya se cierra la puerta. Sé feliz y está tranquilo. Si hace falta cepillar mas, aquí estamos nosotros.» O'Donnell se sonreia como Mefistófeles.

Si el 54 no dió grandes frutos revolucionarios, y hay que confesar que dió algunos, en cambio hizo salir á la superficie de la sociedad un núcleo de jóvenes que eran brillante esperanza de hermosos dias para la libertad. Entonces aparecieron Martos, el abogado hábil, elocuente y decidido: Alarcon, el periodista del látigo, el escritor de periodos resplandecientes y divinos. Palacio, ese magnífico calvo que hizo de sus versos un ariete para concluir con los Borbones: Pinedo, el hombre que mata con epigramas: Fernandez de los Rios, el periodista ilustrado y trabajador. Gomez Marin, el escritor de estilo llano y correcto. Moreno Nieto, el Jeremías de todos los eclecticismos: Carlos Rubio, el que peleó hasta morir, mas por la libertad que por el partido progresista, y el que

murió, en pago de este sublime amor á la idea, mas que á los hombres, abandonado por los suyos, cuando los suyos devoraban todos los manjares del presupuesto; y otros mil mas. Estos hombres estaban llamados á hacer mucho y á preparar mas.

Castelar fortalecía sus convicciones con el trato de algunos de estos hombres. Iba á entrar en plena luz. Era ya la hora histórica en que debía aparecer la estrella.

## XII.

La Union liberal habíase reunido á mediados de Setiembre para esplanar sus ideas en un manifiesto que dió á luz el día 17. Había estado presidida la reunion, si no me engaño, por uno de los Conchas. Al principio se habia pensado en que no se entrara mas que con papeleta; pero para dar un carácter mas popular á la reunion se decidió que entrara todo el mundo. Hubo mas de tres mil personas. Había avidéz entonces de reuniones públicas. Allí donde se decia que un hombre hablaba, allí acudían las gentes y se atropellaban por entrar. El manifiesto era como de union liberal: un pastel hecho con anillos de cadenas y todo él rociado con un poco de agua de colonia de la libertad.

Para combatir este manifiesto, reunióse el 26 de setiembre la juventud liberal en el Teatro de la Ópera, Teatro Real entonces. Presidió la sesion Nemesio Fernandez Cuesta. A su lado estaban sentados Pinedo, Martos, Goicouria, Ordax y otros. Se queria no solo combatir aquel manifiesto sino redactar otro, como protesta, y dar á conocer las aspiraciones y las tendencias del ya llamado entonces partido democrático.

La sesion fué bastante borrascosa en sus principios. En las reuniones populares casi siempre sucede esto. Una palabra cualquiera suscita una violenta tempestad. Pero de pronto todo el mundo cayó en profundo silencio. Hablaba un jóven que se llamaba Castelar. ¿Quién le conocía? Pocos. Aunque era de pequeña estatura, su figura era agradable y tenia una voz de dama cuando empezaba, y robusta y llena cuando comenzaba á animarse. Cataratas de poesía, rayos de estrellas iluminando sus mas pequeños conceptos, párrafos que iban cayendo como cascadas en el alma de sus oyentes: rios de elocuencia que corrían unas veces lentos y otras como desbordados, todo esto habia en aquella palabra mágica. Al oírle por vez primera comprendieron muchos que era un genio oratorio que podia llegar á ser una gloria nacional. Muchos comprendieron que aquel jóven ignorado llegaria á ser, andando los tiempos, bajo un punto de vista menos que Mirabeau, y bajo otro mas.

Aquel dia fué su bautismo solemne en la democracia. Desde que habló la elocuencia progresista quedó enterrada. El pequeño David estaba llamado á matar á aquel famoso gigante que se llamó Olózaga y cuyos frios despojos yacen en la embajada de Paris. Los que le oyeron, aseguraban aquella noche, que el jóven que habia hablado en el Teatro Real, era una notabilidad oratoria: la elocuente facilidad de Martos unida á una profundidad de conocimientos y á una lectura abundantísima que Martos no habia tenido. Al dia siguiente casi todos los periódicos que se publicaban entonces, el *Tribuno*, el *Clamor Público*, el *Leon Español*, la *Europa*, las *Novedades*, la *Soberanía Nacional*, la *Discusion*, el *Siglo XIX*, el